

Decrear un mundo y disolver el yo. Friedrich Nietzsche en la poesía de Anne Carson

Ana Carrasco Conde. Universidad Complutense de Madrid.

La relación entre Anne Carson y Nietzsche no es un lugar común ni en los estudios literarios ni en los filosóficos, y ni mucho menos puede afirmarse de esta relación que haya sido un territorio transitado y explorado con frecuencia. Quien espere un aparato de citas y numerosas referencias en una explícita influencia del autor de *Ecce homo* sobre Carson no encontrará nada parecido. Tampoco hallará una clara y definida línea nietzscheana... el motivo radica en que Carson no es discípula ni heredera de nadie, sino lectora voraz y, ante todo, su poética nace de unas líneas de fuerza en las que se trenzan planteamientos tan dispares, a veces incluso opuestos, como los de Nietzsche y Simone Weil (la cual, como bien se sabe, se sentía incómoda con el sistema nietzscheano), Kant, Antonioni y Monica Vitti, la actriz cómica italiana, Hegel y Samuel Beckett, Aristóteles y Keats, Virginia Woolf y Safo, Demóstenes y Lucía Bosé. Es cierto que más evidente es el impacto de Weil o de Celan, aunque es necesario subrayar que lo que se encuentra en Carson es, por decirlo con Deleuze, un devenir-Weil de Carson, un devenir-Nietzsche de Weil, un devenir-Celan de Beckett, en un movimiento de densa y compleja profundidad. Lo que nos interesa en esta contribución es sacar a la superficie a la influencia de Nietzsche y la tarea no es, por lo dicho, nada fácil.

177

Enero
2017

Apenas hay referencias en la obra de Carson a nuestro filósofo, aunque sí aparezca como ritmo de fondo. Y digo ritmo porque la cadencia de la poesía de Carson está marcada por la atenta mirada hacia el lenguaje, la gramática y la sintaxis y cómo éstos configura ilusoriamente la ficción de una identidad apresada en un mundo también ficticio. Los ritmos, las cadencias, los silencios son tan relevantes aquí como es la forma misma de escritura, tan musical, de Nietzsche, y la búsqueda de la forma o del vaciamiento de la misma son en ambos autores tema de preocupación. En Carson y en Nietzsche hay rapsodias, es decir, partes ensambladas de una misma canción. Hay que deshacer el lenguaje para ver más allá de la aparente unidad compacta de un único sujeto que configura algo así como un compacto yo. De ahí que Harold Bloom en su *Genios: un mosaico de cien mentes creativas y ejemplares* señale no la impronta de una influencia directa, pero sí el relevo de un legado: "Si sigue existiendo un legado nietzscheano, lo hallaremos en la imaginación de escritores como Saramago o la poeta canadiense Anne Carson".¹ En qué consista ese legado tendrá que ver entonces con el proceso de disolución del yo, que en Carson toma la vía no de un *cogito quebrado*, por recordar al Paul Ricoeur de *Sí mismo como otro*, sino de un cogito que más que romperse en mil pedazos ha de desintegrarse, deshacerse, decaer y ha de hacerlo para salvarse, lo que sólo puede conseguir a través de la disolución del propio lenguaje, aunque su fin último, alegre y jovial, será muy distinto al nietzscheano, y mas cercano al de Simone Weil. Se presenta así un yo que ya no es individuo (*Individuum*), que tampoco es sujeto y cuya identidad ha sido

¹ Bloom, H.: *Genios: un mosaico de cien mentes creativas y ejemplares*, Norma. Bogotá, 2005, pp. 260-261.

² Ricoeur, P.: *Sí mismo como otro*, Siglo XXI, Madrid, 1996, p. xxiii.

desarticulada. Lo que queda es un yo atravesado por el fluir y por el cambio. El propósito no es otro, escribe Carson en el poema “*Sin puerto alguno*” que percibir el silencio “en la antigua lucha entre hálito y muerte”.³ Por tanto, en un sentido muy próximo a Nietzsche, Carson realiza a lo que en *Humano, demasiado humano* (1878) se apunta: desarticular el concepto de yo como “identidad interior”, aunque lo haga desde el propio yo: “para deshacer el yo uno debe moverse a través del yo hasta el interior mismo de su definición. No tenemos otro lugar donde comenzar”.⁴

Si el yo, en la tradición filosófica que puede remontarse hasta Descartes, se ha entendido como el sustrato permanente que da unidad a la diversidad, de lo que se trata tanto en Nietzsche como en Carson es de mostrar la ficción con la que entreteje el concepto de yo. Este proceso puede rastrearse en *Decreación* -término, por cierto, que Carson toma de Simone Weil que lo emplea en *La gravedad y la gracia* para designar el proceso de fin “místico” por el cual “deshacemos la criatura que hay en nosotros”⁵- es el camino de un despojamiento que conduce a Carson y al lector con ella hacia la nada a través de un desvanecimiento de los límites del lenguaje: poemas, ensayos, reflexiones, un oratorio, un comentario a una obra de Beckett, incluso un guión de un documental conforman una obra que es, ante todo, la disolución de la forma que deshace al yo deshaciendo su sustancia, pero aunque lo hace con un término procedente de la doctrina de Weil, la fuerza del concepto proviene de Nietzsche. Sólo tras la decreación puede crearse otro tipo de yo. Por otro lado, en relación con el lenguaje, es preciso hacer notar que el subtítulo de *Decreación* es *Poesía, Ensayos, Ópera*. El lenguaje es el lugar por tanto que origina y petrifica los errores de la razón y justamente por este tratamiento su obra es inclasificable, difícilmente encajable en alguna etiqueta o género, lo que hace además muy difícil la identificación clara de sus influencias (Nietzsche, pero también Samuel Beckett, Simone Weil o Paul Celan como veíamos).

178

Tenemos pues a Nietzsche y a Carson. Un filólogo/filósofo de difícil clasificación del siglo XIX alemán y a una filóloga/filósofa también de difícil encaje aún viva, de procedencia canadiense. Efectivamente, Carson es filóloga clásica, especialista en la Grecia antigua, como lo era de profesión Nietzsche, y ello hace que su escritura preste atención filológica a cada término: su territorio no es el del símbolo poético, sino el de la limpidez y desnudez etimológica, y su sintaxis es -y esto es un elemento clave- siempre interrumpida, casi incómoda. Lee a Homero, como lo hizo Nietzsche, a partir de los textos mismos, aunque también lee a Platón y lo hace con gusto y provecho. Sus poemas son poco líricos y sus novelas poco narrativas. Quizá lo que más se atenga a un género identificable es el ensayo, como el de *Eros, the Bittersweet* (1986) traducido como *Eros. Poética del deseo* (2015), que también presenta la huella nietzscheana y con el que *Decreación* mantiene un diálogo estrecho en torno al concepto de Amor. Allí entre otras cosas se afirma que toda actividad humana, la escritura, la lectura, el pensamiento, el conocimiento están marcados por un deseo insatisfecho que es carencia, lejanía y nostalgia. Susan Sontag, por ejemplo, admiradora de la obra de Carson, tomará buena nota de la relación entre deseo y conocimiento. Así, la última parte de *Decreación* tiene por título justamente “Anhelos”: allí una mujer emplea un estroboscopio para analizar, a través de la ficción de la inmovilidad, lo que está en movimiento. Y precisamente

Enero
2017

³ Carson, A.: *Decreación*, Vaso Roto, Madrid, 2014, p. 25.

⁴ *Ibid*, p. 249 y ss.

⁵ Weil, S.: *La gravedad y la gracia*, Trotta, Madrid, 2007. Citado por Carson en Carson, A.: *Decreación*, Vaso, op. cit., p. 249.

ateniéndose a la creencia de que no hay hechos ni nada “fijo” como tal, dado que estos son meros artilugios de designación con los que denotamos lo que acontece, escribe “Condición de lo irrebable (lo que falta a los hechos)”.⁶ Pero los hechos, bien lo sabemos desde Nietzsche, no existen como tales: lo que hay son interpretaciones.

La imposibilidad de etiquetar, de mostrar el movimiento para dar cuenta de lo irrebable, no nace de una mera experimentación poética, sino que tiene que ver con ese legado de Nietzsche al que apunta Bloom, es decir, con una preocupación central y vertebral: romper la centralidad del yo y mostrar una realidad cambiante y conflictiva. La disolución de la forma apunta por tanto no a un experimento característico de las vanguardias que trata de romper con la tradición, sino, bien al contrario, supone por un lado una forma de establecer una relación más auténtica con el mundo griego: si Nietzsche buscaba una nueva comprensión de Grecia, demasiado extraña para nuestros modos modernos (recuérdese la tajante afirmación del antiguo texto de Nestle según el cual “Grecia es en Nietzsche, pasado, presente y futuro”⁷), Carson consigue desbrozar el camino para traer algo de aquel tiempo creando desajustes en el nuestro; y por otro lado incide en la necesidad de deformar las formas que el propio hombre crea para apresar el mundo y someter la masa sensorial a su juicio, simplificando su extrema complejidad a través de la eliminación de la diferencia y la cristalización de lo fluido. Tenemos pues tres elementos ligados entre sí: la disolución del yo, la disolución del lenguaje, el extrañamiento con respecto al mundo y su relación con el mundo griego.

El propósito de este artículo no es analizar la crítica nietzscheana al yo que es, sin duda, uno de los grandes temas en los estudios sobre el filósofo, ni tampoco profundizar en el problema del lenguaje o de la “Grecia” de Nietzsche, sino mostrar las continuidades y rupturas de la recepción que de estas tres líneas, principalmente de las dos primeras (lenguaje y yo) podemos rastrear en *Decreación* de Anne Carson.⁸ Para ahondar en la presencia de Nietzsche en *este poemario* (por llamarlo de algún modo) vertebraré el texto en dos partes y una conclusión. Ahora bien si el decir del yo es el que disuelve su sustancia y lo que nos conecta con Grecia, entonces todo forma parte de un mismo movimiento que conduce a la nada. Por ello, y dado que los ensayos contenidos en *Decreación* son el lugar desde el que apoyarnos “interiormente” dentro del libro, el texto se desarrollará siguiendo tres fragmentos de algunos estos textos cuyos nombres, no azarosos, son: Sueño, Océanos, Eclipse. Otra forma de decir: yo, niebla, nada.

⁶ Carson, A.: *Decreación*, Vaso Roto, op. cit., p. 356.

⁷ Nestle, W.: “Friedrich Nietzsche und die griechische Philosophie”. En *Neue Jahrbücher für die klassische Philosophie*, 29, 1912, p. 555.

⁸ No me detendré en analizar el complicado diálogo entre Weil y Nietzsche que se articularía en lo que en términos deleuzianos podríamos llamar un devenir-Nietzsche de Weil, un devenir-Weil de Nietzsche. Sólo recordaré que Weil, aunque dentro de la tradición cristiana, hará una fusión de aquella tradición con la griega que le lleva a entender la naturaleza en perpetuo movimiento enmarcado dentro de lo que ya hay, de lo que siempre ya ha sido, y de lo que siempre ya es.

I. EL YO Y EL SUEÑO

*Piensa en tu vida sin el dormir.
Sin la losa del tiempo proscrito puntuando cada almohada, sin almohadas
Sin la enorme cocina negra y la estufa hirviendo donde
arrancas trozos
de piernas y brazos de tu padre
sólo para verlos organizados en una frase
la cual –sollozas con súbita alegría- te salvará [...]*⁹

(Oda al sueño)

Anne Carson habla de diluir al yo desde el interior de su definición y para ello toma como punto de partida el sueño tal y como es interpretado en la tradición griega, con énfasis en la *Odisea* de Homero. En este texto sobre el sueño aborda el problema de “perder el límite”.¹⁰ ¿Cuál es este límite y qué lo se pierde? Lo que ha de perderse es el yo, pero para perder al yo antes es preciso aflojar la red que lo atrapa. Romper con la organización de fragmentos –piernas, brazos- que conforman el todo que heredamos, como heredamos un lenguaje que dice un mundo aparentemente objetivo, pero sólo dice el mundo que se fabrica con él. Perder el límite, abandonar la cocina negra, alejarse de la estufa que nos mantiene calientes y cómodos porque lejos de incitarnos a plantear problemas nos sume en un estado de confort racional que no se cuestiona por nada. Es el lenguaje –notas, listas, documentos, crucigramas enumera Carson- el que teje una red de palabras, el que configura un ser en el que todo queda integrado y ordenado por categorías. Por eso, la aniquilación del ser pasa por la escritura. El lenguaje, rígido y clasificador, se constituye en el tejido obstaculizador para el conocimiento que hay que rasgar. Carson, como lo hizo Nietzsche, entiende que el modo de ver el lenguaje pasa por las atentas graduaciones de la filología clásica.¹¹

Para Nietzsche los conceptos y las clasificaciones son creaciones al servicio de una “fuerza inventora” que “crea” categorías: “sustancia”, “sujeto” o “yo”. Son en este sentido, no son “verdades metafísicas” sino ficciones de un lenguaje con el que se teje un mundo ficticio. Las palabras son en este sentido formas metafóricas y subjetivas con las que designar al mundo. Lejos de posibilitar el conocimiento, el lenguaje, como una tupida red artificial de “fabricación” subjetiva, impide un verdadero conocimiento y, por supuesto, nada de lo que con él se designa tiene objetividad. Fija y vuelve estático y homogéneo, todo igual y semejante, un mundo que es en realidad fluido y cambiante. Crea la ilusión del “ser”, la ilusión de un sustrato que es la causa del hacer que se esconde tras las cosas, pero si lográramos librarnos de la coerción gramatical, del sujeto/predicado, veríamos que un sustrato tal “no existe; no hay ningún «ser» detrás del hacer, del actuar, del devenir; «el agente» ha sido ficticiamente añadido al hacer, el hacer es todo”.¹² Pero el todo como dice Carson “es un pensamiento desnudo que impacta”¹³ y que el hombre se afana en parcelar para comprender. Ahora bien, ese conocimiento es pura fantasía, pero la fantasía siniestra de una cárcel. Carson entiende la arquitectónica de Kant, por ejemplo, con sus categorías y cajones, como una prisión de la que no se quiere escapar, pero en la que tampoco quiere se introduzca algo que moleste y perturbe la

⁹ Carson, A.: *Decreación*, Vaso Roto, op. cit., p. 69

¹⁰ *Ibid*, p. 55.

¹¹ Rodríguez, M.: *La teoría nietzscheana del conocimiento*, Eutelequia, Madrid, 2010, p. 12.

¹² Nietzsche, F.: *Genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 2000, p. 59.

¹³ Carson, A.: *Decreación*, Vaso Roto, op. cit., p. 97.

paz dentro de la construcción: “Ventanas: Kant tenía una sola ventana en la habitación, que mantenía cerrada para evitar los insectos. La ventana de su estudio daba al jardín, del otro lado del cual estaba la cárcel de la ciudad. En el verano el fuerte canto del coro de los presos se filtraba. Kant pidió que cantaran *sotto voce* y con las ventanas cerradas. Kant tenía amigos en la alcaldía y cumplió su deseo”.¹⁴ Dicho de otro modo, la influencia de la filosofía kantiana blindó una forma de hacer y entender la filosofía.

Tanto el lenguaje como el mundo construido y comprendido a partir de él son representaciones, en las que algo así como un “yo” queda fijado, aglomerado, encapsulado y condensado produciendo la apariencia de una unidad en realidad inexistente. El lenguaje edifica un mundo en el que nos vemos atrapados. Carson lo sabe bien y es a través del vaciamiento del lenguaje como procede a vaciar al yo de su contenido impostado. “¿Has olvidado? –escribe Carson en un poema titulado Gnosticismo II- Cómo llega esto a la mente”.¹⁵ Desde este sentido el lenguaje para Nietzsche es fuente de falsificaciones y de condensaciones en torno a palabras que, lejos de plantear preguntas, se convierten en elementos dados: no problemas, sino asuntos. Uno de estos problemas/asuntos será, justamente, el sujeto o el yo, ficciones que Carson trata de “decrear”. Entrecruzamiento de Weil y Nietzsche. Dice Weil: “Decreación: hacer que lo creado pase a lo increado. Destrucción: hacer que lo creado pase a la nada. Sucedáneo culposos de la decreación”.¹⁶ El objetivo, por tanto, no es destruir al hombre en su totalidad, sino tan sólo esa parte que en él que dice “yo”: para Weil la decreación implica un movimiento análogo al que hace Dios al crear el mundo al “darse” o “vaciar” en él, pero para Carson, como para Nietzsche, decrear al yo es “desmontarlo” para hacer ver que éste en realidad nunca existió. En “Figura sentada con ángulo rojo” (1988) de Betty Goodwin, arremete Carson contra los prejuicios, contra las pautas de pensamiento, contra el estatuto de lo dado, contra los clichés, contra los lugares comunes¹⁷:

“Si estás empujando, empujando y luego comienzan a arrastrarte [...]
Si te adentras, si excavas, si te arriesgas a reconstruir [...]
Si tuvieses la idea de la interrogación. /
Si la interrogación es un deseo de conseguir información que no se da ni se ofrece libremente. /
Si enterrada sin dejar casi huella en lo oscuro de su energía sedente, dentro de tu cuerpo hay otro cuerpo a la deriva. / [...] /
Si el rojo te hace pensar en la suerte o en cómo opera la suerte.
Si los pies se cruzan de modo que se escurre, escurren (Cristo) las analogías. [...]
Si el rojo es el color del cliché. /
Si el rojo es el mejor color, / [...] /
Si quieres saber por qué no puedes alcanzar tus propias ideas bellas. /
Si en cambio llegas al borde de lo pensable, que se filtra. / [...] /
Si escribieras una palabra en el suelo de la celda con gotas de agua y la videograbaras mientras se seca”.

Carson acomete la disolución de lo dado y con él el del sujeto tal y como ha sido entendido en la tradición occidental y lo hace disolviendo el lenguaje y el

¹⁴ *Ibid*, p. 105.

¹⁵ *Ibid*, p. 133.

¹⁶ Weil, S.: *La gravedad y la gracia*, op.cit., p. 81.

¹⁷ Carson, A.: *Decreación*, Vaso Roto, op. cit., pp. 149-155.

mundo creado a través de él. Dice Nietzsche: “[...] aniquilar el mundo que se tiene por verdaderamente válido, que llamamos realidad”¹⁸ y añade “Sólo en tanto creadores podemos aniquilar. Pero no olvidemos tampoco esto: es suficiente crear nuevos nombres, nuevas apreciaciones y verosimilitudes para crear, a la larga, nuevas cosas”.¹⁹ Para poder ver más allá de las palabras y no tropezar con ellas como piedras, es preciso deshacerse antes de ellas, pero si no puedes apartarlas del camino, la solución es darlas tanto de sí, confundirlas tanto, que dejen ver el vacío sustancial que hay tras ellas. Éste es el arte creador de Carson. La palabra poética es así martillo, herramienta de demolición de una representación que “crea” ficciones ligadas a algo así como el “ser”, a algo así como la “sustancia” a algo así como “yo”. Se trata de abrir espacio al pensar deformando los barrotes de la cárcel del lenguaje. Si en el *Zaratustra* se acomete la tarea de crear nuevas cosas a través de un nuevo lenguaje, en *Decreación* se trata de retorcer el lenguaje dado hasta deformarlo y al deformarlo, desgarrarlo: brazos desgarrados que conforman la frase de un yo, alas en movimiento que desgarran los alimentos de quien visita las posadas de los caminos marcados en la ruta. Frente a las palabras fijas, Carson sólo ve el *esto*: “Para algunos el pájaro canta, el plumaje brilla. Yo sólo obtengo este *esto*”.²⁰

Por otro lado, Carson, al igual que Nietzsche aprecia que la función del lenguaje no es simplemente representativa, sino también y sobre todo performativa: el lenguaje, como señala Deleuze en *Nietzsche y la filosofía*, quiere decir algo en la medida en la que quien la dice quiere algo al decirla.²¹ Con la palabra se erige así la regla, la norma a seguir, el mandato. Por eso Carson en *Decreación* hace a Eloísa, en otra parte del texto, responder con su obrar a las palabras de Abelardo, pero lo hace en un ejercicio del absurdo al estilo de *Esperando a Godot*²²:

“Abelardo: Hice que Eloísa se pusiera de pie.

Eloísa se sienta.

Hice que Eloísa se sentara.

Eloísa se levanta.

Cuatro minutos a uno.

Eloísa se sienta.

Comienza con el hueso.

Eloísa se levanta.

Ella no se podía quedar.

Eloísa se sienta.

Ella no podía continuar.

Eloísa se levanta.

Hice que Eloísa se pusiera de pie.

Eloísa se sienta.

Hice que Eloísa se sentara.

Eloísa se levanta”.

Deformada la estructura rígida del lenguaje, éste se vuelve agua. Los recuerdos, las sensaciones, las percepciones, los razonamientos se desestabilizan. Y “todo cuanto hemos deseado, se deshila”.²³ La forma de deshilarse, pasa en Carson,

¹⁸ Nietzsche, F.: *La ciencia jovial*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1990, §58, p. 68.

¹⁹ Ibid.

²⁰ Carson, A.: *Decreación*, Vaso Roto, op. cit., p. 131.

²¹ Deleuze, G.: *Nietzsche y la filosofía*, Anagrama, Barcelona, 2013, p. 107.

²² Carson, A.: *Decreación*, Vaso Roto, op. cit., pp. 149-155.

²³ Ibid, p. 29.

necesariamente por atravesar la densa niebla que es el yo. Las imágenes empleadas son las de ríos, lagos, océanos que hay que cruzar sin barcas.²⁴ El yo ya no hace pie: ni es sustrato ni puede apoyarse en algo así como una sustancia que le otorgue ser. No se trata de destruir al hombre, sino la parte que él que dice “yo” y así hacer de pasar al yo de creado (o fabricado) a increado (o desmontado o desarticulado). Carson toma la senda señalada por Nietzsche: “Sólo los humanos pueden caer fuera del ser (dicen los filósofos) / o lo temen siempre/ Yo salí, cerré la puerta del auto, ellos miraron hacia delante”.²⁵

II. OCEANOS DE NIEBLA

“Un día le hablé sobre la evolución, de cómo en el principio la gente no tenía yoes como ahora tenemos, había brazos cabezas torsos y cosas por el estilo perdidas en las rompientes de la vida, tobillos desprendidos, ojos que necesitaban cejas, hasta que al final lo que hizo que las partes se unieran en criaturas completas fue el Amor, y ella dijo, ¿Conoces una palabra de seis letras para mujer disoluta o impúdica derivada del sonido de las herraduras del caballo que recorre el camino de noche?”²⁶

(El día que Antonioni fue al asilo. Rapsodia)

En el inicio, no había yoes, tan sólo fragmentos. No había identidades ni individuos, tan sólo diferencias y pluralidades. Como en aquella teoría de Empédocles según la cual el origen del hombre no es sino una mezcolanza de brazos, hombros y ojos errantes²⁷ - y que Nietzsche conocía: recuérdense la afirmación “Mis antepasados Heráclito, Empédocles, Spinoza, Goethe”²⁸ - la identidad del yo no es sino otro tipo de construcción y de ensamblaje. Desde *Humano, demasiado humano* (1878) Nietzsche desarrolló contra el cogito cartesiano una crítica al yo entendido como una “identidad” interior para mostrar que la conciencia como tal es algo superficial y que la naturaleza humana está constituida por flujos, por fluidos, por movimientos de fuerza, por cambio, por diferencia. Esta crítica puede deslindarse en tres puntos: 1) en torno al sentimiento de la propia identidad personal; 2) contra la creencia de que cada hombre es un sustrato o fundamento (*hypokeímenon*) en el que va a parar como contenido de la conciencia lo que está “fuera” de ese yo, que permanece pese a todos los cambios; 3) contra la ficción de que existe un “individuo” “indiviso” y singular que tiene que ver con una unidad psíquica más que con su cuerpo.

Tomar al yo como sustancia, sujeto o alma es fruto de una creencia con perniciosas consecuencias para el pensamiento porque despeja incógnitas antes de plantear incluso las preguntas: al considerarlo como una identidad permanente, como un “hecho”, el yo ya no se toma como asunto del pensar y justamente la crítica de Nietzsche lleva aparejada una problematización sobre la conformación del sujeto, del lenguaje y del mundo. El hombre para Nietzsche, como para Carson, no constituye algo así como una unidad sobre la que erigir todo un sistema “objetivo” y en la que se anuda la multiplicidad de los estados del yo, sino que lo que hay

²⁴ Ibid, p. 17.

²⁵ Ibid, p. 125.

²⁶ Ibid, p. 82.

²⁷ Empédocles: Fragmento 50 (57). En *Fragmentos Presocráticos. De Tales a Demócrito*. Edición de Alberto Bernabé, Alianza, Madrid, 2006, p. 218.

²⁸ Citado en Brobjer, T.H.: *Nietzsche's Philosophical Context: An Intellectual Biography*, University of Illinois, 2007, p. 78.

inicialmente es multiplicidad.²⁹ El primer punto de la crítica de Nietzsche se sitúa en el “sentimiento del yo” (*das Ichgefühl*) o el “sentimiento del sujeto” (*Subjektgefühl*) cuyo origen es una deficiencia cognoscitiva basada, irónicamente, en la función más característica: el conocimiento. El hombre teje y entreteje la variedad de afectos, de impulsos, de cambios y juegos continuos, y crea la imagen de la propia identidad personal. Lo que encontramos son fuerzas e instintos ordenados según los grados de intensidad. En el primer plano se disponen las fuerzas de mayor intensidad y es ésta, la más cercana, la que se identifica equivocadamente como nuestro yo. Todo los demás elementos son vistos como algo ajeno a nuestro yo que procede del exterior. Dado que hay múltiples fuerzas e instintos cuya combinación y jerarquía varía, el yo es siempre distinto, aunque consideramos que hay una unidad en él que constituye el centro permanente del individuo, pero en realidad, el sujeto –si es que lo hay– es siempre diferente y por eso “salta de un lugar a otro”. Carson justamente se esforzará en mostrar la identidad del yo como salto, como interrupción, como corte. Toda imagen que nos formemos del yo es ficticia y, por tanto ni existe el yo ni existe una identidad personal. Lo que existe y en esto coinciden Carson y Nietzsche es el cuerpo, el cuerpo punzante.

El paso necesario para entender esta construcción es inscribir al sujeto dentro de la red artificial creada por el lenguaje: para Carson una vez que se ha disuelto la forma a través del lenguaje, puede procederse a disolver la ficción del yo. En una combinación que cruza a Nietzsche con Samuel Beckett hace que ver que el yo no es sino lenguaje y que este lenguaje es el que le da forma y lo constituye como yo. Su proceder ahora es mostrar a un yo desligado de sí mismo al ser desligado el lenguaje, pero para hacerlo parte del propio yo porque, como se decía al comienzo, no hay otro lugar del que partir, pero de lo que se trata es de alejarse: “Alejarse es la clave. Incluso las marcas claras parecen estar siempre alejándose”.³⁰ El primer paso es romper la armonía del yo, pero ésta en el sentido nietzscheano, es decir, no como en Spinoza, como una unidad carente de conflicto, sino como un tipo de unidad “compuesta” que configura una organización de sus elementos basado en el conflicto y la lucha de sus elementos. Para Carson el yo es un tipo de unidad de este tipo y de lo que se trata es de desunir lo que ha unido el hombre y mostrar al yo como conflicto basado en relaciones de dominio entre fuerzas, pasionales, de afectos, con su correlato lingüístico. Si lo que aterra es el todo, un “pensamiento desnudo que impacta”³¹ por citar de nuevo a Carson, si es esto lo insoportable, si en el teatro del yo que tiene su origen en la Edad Moderna, lo que encontramos es una persona que no es sino una máscara tras la que nada hay, dirá ahora Carson

“Quiero tener piernas sin sentido. / Hay cosas insoportables. [...] No quiero ser una persona. / Quiero ser insoportable. / [...] Oscilando hasta caer”.³²

Comienza así el desgarrar en la mente, cuando ya no hay mente, cuanto esta no es otra cosa que una red tejida de multiplicidad y fuerza. “Tu razón es un misterio. / Tu misterio es una forma de mentir”.³³ La razón en Carson como en Nietzsche miente al construir un mundo “cómodo”, un mundo de las cosas iguales a través de la memoria y la fantasía, pero roto el lenguaje, queda rota la memoria y la fantasía:

²⁹ Cfr. Nietzsche, F.: *La voluntad de poder*. En *Obras completas*, vol. IV, Aguilar, Madrid, § 490.

³⁰ Carson, A.: *Decreación*, Vaso Roto, op. cit., p. 185

³¹ *Ibid*, p. 97

³² *Ibid*, pp. 111-113.

³³ *Ibid*, p. 163.

nada es igual, nada es idéntico. El mundo se aparece así en su pleno fluir y en su continuo cambio.

En el fragmento de *Decreación* con el comienza la segunda parte de este texto, lo que mantiene unidos los diversos elementos es el amor. A este concepto le había dedicado su ensayo de 1998, *Eros el agridulce*, dedicado sobre todo a Safo. Aquí *Eros* es disolución aunque, como recuerda Carson citando al Nietzsche de *La voluntad de poder* “el que ama, vale más, es más fuerte”.³⁴ Ahora bien, no debemos olvidar que el amor del que habla Nietzsche no es un amor que trata de obtener aquello de lo que carece, sino aquello que trata de saciar el ansia de propiedad, que es afán de dominación y, por tanto de poder y que conlleva dos factores: la exclusividad y los celos.³⁵ Carson no es ajena a este concepto y aunque, con la tradición clásica entiende el amor según su análisis como disolución, ve también en el amor otra forma de posesión: “Oscura golondrina tú sí que regresas. Oscura golondrina tú sí regresas. Oscura golondrina tú sí regresas pero no a mi balcón. Con profundo amor, tu Amo”.³⁶ Ahora bien, lo que le interesa a Carson es un amor que impulsa al abandono, al alejamiento del ser. Aquí Carson está mucho más cerca de Weil, de ahí que la última parte de su ensayo haga manifiesto su devenir-Weil, su devenir-Porete, su devenir-Safo. Por eso al final de *Decreación* podrá exclamar que sin deseo, sin desorden, sin mañana y sin por qué, “¡fuera va el yo!”.³⁷

III. ECLIPSE Y... LA NADA DEL YO

*“Largo sueño brillante de amanecer al lado de un hombre que sangra por los ojos. Coágulos de sangre en su cara y en ropa de cama y él sin intención de tomarlo en serio. Más tarde en la cocina uno de sus compañeros de juego conjeturó que había sido envenenado por un enemigo en el casino con unos polvos que, disueltos en la bebida, destruyen lentamente los ojos desde el interior”.*³⁸

(Longino sueña con Antonioni)

La visión deslavazada de lo que era el yo que provocada la ficción de una unidad, ya no tiene sentido. Ni el yo hace pie ni sus ojos valen ya para nada. Ojos sangrantes ante los fragmentos del todo, ante la blanca y brillante niebla sin fondo... pero blanca y diluida niebla que, procedente del interior del sí mismo del yo, el yo ha de cruzar por sí mismo. En este viaje que Carson despliega en *Decreación* la pregunta es continúa ¿para qué los ojos? ¿qué de ver? ¿cómo mirar? ¿quién ve? Y sin embargo diluido el lenguaje y diluido el yo... el yo vuelve a aparecer: “Ser escritor es construir un centro grande, ruidoso, brillante del yo, desde el cual se le da voz a lo escrito, y cualquier exigencia que obligue a aniquilar ese yo, mientras sigue escribiendo y dando voz a lo escrito, involucra al escritor en una serie de importantes actos de subterfugio y de contradicciones”.³⁹ Esta contradicción le hará volverse hacia Weil y hacia Margaritte Porete que consiguieron, cada una a su manera, desaparecer en su decir. Es aquí donde aparece su concepto de eclipse que Carson entiende desde el griego “*ekleipsis*”: abandono, alejamiento.⁴⁰ Es decir, el eclipse del yo, su última disolución.

³⁴ Nietzsche, F.: *La voluntad de poder*. En *Obras completas*, op. cit., § 802; p. 534.

³⁵ Cfr. En Nietzsche, F.: *La ciencia jovial*, op.cit., § 14, p. 39.

³⁶ Carson, A.: *Decreación*, Vaso Roto, op. cit., p. 127

³⁷ Ibid, p. 335.

³⁸ Ibid, p. 89.

³⁹ Ibid, p. 253.

⁴⁰ Ibid, p. 231.